

PAUL BUHLE

LOS CAMPOS DE CALIFORNIA EN LLAMAS*

Este enorme libro, trabajo de casi toda una vida, es ciertamente el mejor estudio in situ de los trabajadores en Norteamérica publicado en una generación. Sólo la enorme erudición del difunto David Montgomery, decaño en la materia, puede rivalizar con él, y Montgomery lo dejó a comienzos del siglo xx, cuando los esfuerzos por evitar la desaparición de los trabajos especializados habían sido quebrados por Henry Ford y su generación de maestros de la cadena de montaje. Frank Bardacke estudia algo mucho más cercano al presente, en puntos de inflexión de la historia obrera cuyo impacto sigue siendo visible en la actualidad. Ninguna historia de California, ninguna historia de la vida de los mexicano-estadounidenses y ninguna historia de la producción agrícola pueden volver a escribirse sin los conocimientos contenidos en estas páginas.

En cualquier estudio sobre el United Farm Workers (UFW, Trabajadores Agrícolas Unidos) hay amplio espacio para la recriminación y la amargura; pero Bardacke no muestra ninguna de las dos en su alentadora historia. La historia de UFW es inseparable de la de César Chávez, el líder racial más magnético, después de Martin Luther King Jr., de la segunda mitad del siglo xx. Defensor, como este, de la no violencia, Chávez estaba en apariencia predestinado con sus propios fracasos a hundir el movimiento, aunque tal vez sería más preciso, y ciertamente más generoso, decir que fue el fracaso del movimiento el que hundió a Chávez. Las enormes probabilidades en contra del éxito institucional de los trabajadores agrarios mexicanos y mexicano-estadounidenses, que no poseían nada más que su capacidad de trabajo, hacían que la implosión del carismático superlíder fuese probable o incluso inevitable.

Bardacke, procedente de una familia bohemia, fue activista por los derechos civiles a comienzos de la década de los sesenta, después líder universitario en Berkeley; más tarde, fue uno de los muchos activistas y asesores que atendían en las cafeterías de los soldados rasos y también trabajador agrícola: pasó «seis temporadas en los campos entre 1971 y

* Frank Bardacke, *Trampling Out the Vintage: Cesar Chavez and the Two Souls of the United Farm Workers*, Londres y Nueva York, Verso, 2011, 840 pp.

1979» recogiendo brécol, lechuga y apio en Salinas, California. Se dice que ayudó a introducir el azadón de mango largo en Watsonville, antes de dejar la agricultura para convertirse en maestro local. Bardacke tiene una percepción demasiado sutil del tema como para reducir la historia de UFW a un aspecto de la biografía de César Chávez, como muchos han hecho en el pasado. Chávez comparte el escenario con muchos trabajadores agrarios cuya historia cuenta el autor, centrándose en el carácter de su trabajo, la estructura de sus cuadrillas, su origen político de izquierdas en México, todo lo cual influyó enormemente en el sindicato. Los distintos modos de trabajar, por ejemplo, especialmente en la lechuga y las uvas, daban a los trabajadores ocupados en esos cultivos distintas medidas de poder; estas fueron un factor muy importante en las dos décadas de lucha del sindicato contra las agroempresas y en la debilitadora batalla definitiva dentro del mismo. Asimismo, la política *agrarista* que los trabajadores llevaron consigo desde México fue esencial para el establecimiento del sindicato en los campos, y constituyó un fundamental punto de diferencia con la ideología de acción social católica de Chávez y de muchos de los líderes sindicalistas.

Excepto los dos amargos años pasados en la Armada, en 1944-1946, Chávez —mexicano-estadounidense de segunda generación cuya familia perdió su pequeña tienda durante la Depresión y acabó trabajando en el campo— también recogió cosechas hasta que se buscó una nueva profesión. Educado y formado de acuerdo con las conservadoras ideas católicas de servicio, sacrificio y resistencia militante a doctrinas «foráneas» como el socialismo o el comunismo, no sólo consiguió atraer a trabajadores agrícolas y a un pequeño ejército de dedicados idealistas radicales, sino también a figuras católicas, desde obispos a sacerdotes, que durante mucho tiempo se habían mantenido al margen de los movimientos progresistas por miedo a su sesgo comunista. Podía incluso apelar a personajes liberales en ascenso como Robert Kennedy, portador de una sórdida historia de colaboración con el FBI y el Comité de la Cámara de Representantes sobre Actividades Antiamericanas.

Tras esta saga aparentemente personal se encontraba una historia activista más amplia. Notables aportaciones hizo a este respecto la *sui generis* Community Service Organization (CSO, Organización de Servicio a la Comunidad CSO) y su *sabio*, Saul Alinsky. Organizador talentoso desde los tiempos del New Deal, Alinsky había centrado su actividad en comunidades de origen no europeo que trabajaban en el sector del envasado de carne en Chicago, y aumentó su influencia con el éxito de los militantes de sindicatos interraciales. Sobrevivió a la represión de posguerra y se apartó decisivamente de los restos de la izquierda afirmando que el tipo de reforma comunitaria que él propugnaba constituía la mejor protección contra los avances del comunismo. De ese modo, consiguió la influencia y el mecenazgo de algunos sectores de la Iglesia católica, posicionándose para crear (entre una considerable serie de proyectos) la CSO, financiada principalmente por filántropos liberales a los que atrajo. La CSO, por lo tanto, ejemplificaba el modelo Alinsky, de

acuerdo con el cual los «organizadores» cambiaban las comunidades, animándolas a una movilización sostenida.

A partir de comienzos de la década de los cincuenta, el objetivo de la CSO era el de llevar a los ciudadanos californianos de ascendencia hispana al proceso político convencional así como al movimiento sindical. En algunos lugares, principalmente en los condados del interior, combatió con éxito la brutalidad policial endémica, exigió con éxito más servicios sociales en los *barrios*, y ayudó a los inmigrantes a adquirir la ciudadanía y a votar, entre otros logros. La construcción de una maquinaria suponía colaborar estrechamente con activistas eclesiásticos decididos a «expulsar de las organizaciones a los comunistas» y con otros radicales laicos que con su trabajo previo habían obtenido cierta influencia residual. Aumentar la participación y la influencia de los chicanos en las parroquias, normalmente contra el deseo de los líderes conservadores existentes, no fue un asunto fácil. También exigía abordar un tema gigantesco y complicado: el Programa de los Braceros (*Bracero Program*).

Enfrentado a la escasez de trabajadores durante la guerra, el gobierno estadounidense había acordado con el mexicano en 1942 la importación de decenas de miles de trabajadores temporeros al año, principalmente a Texas y California. Esta población itinerante, carente de derechos, maltratada y mal remunerada, deprimió los salarios de los trabajadores agrarios residentes, convirtiendo el programa en una cuestión política divisiva, sobre todo en California. Poner fin al programa, y por consiguiente excluir a los trabajadores residentes en México, fue uno de los principales objetivos iniciales de la CSO, apoyada por los demócratas liberales no incluidos en la nómina de los grupos de presión agrarios. El joven César Chávez, rápidamente adaptado como organizador de la CSO, estaba idealmente situado para beneficiarse de la simpatía del nuevo gobierno de Kennedy y en especial del secretario de Trabajo, Arthur Goldberg, experto en la Guerra Fría y con contactos en el servicio de espionaje. Para entonces, la política exterior estadounidense prácticamente exigía atraer a hispanos y afroestadounidenses al cuerpo político, en especial como votantes demócratas.

El asunto de los braceros también sacó a la luz una cuestión recurrente para el movimiento laboral predominante: inclusión o exclusión. El primer presidente de la AFL-CIO (y estrecho aliado de Goldberg), George Meany, defendió enérgicamente la existencia de secciones sindicales locales sólo para blancos, basándose en el derecho de dichas secciones a la autonomía; esto reflejaba los valores del fundador del AFL, Samuel Gompers, que se había dado a conocer en la década de 1880 protestando contra la inmigración china. Estos líderes habían considerado el igualitarismo racial interfronterizo del antiguo Industrial Workers of the World (IWW, Trabajadores Industriales del Mundo) y del más reciente CIO, de influencia comunista —hasta la purga de sindicatos «rojos»— no sólo indeseado, sino también peligroso. Aunque el Programa de Braceros acabó en 1964, un aspecto fundamental del problema permanecía: los inmigrantes ilegales que cruza-

ban la frontera y llegaban a los campos, más en las décadas de los sesenta y los setenta que nunca antes. Construyendo un movimiento que incluía el sindicalismo, aunque trascendiéndolo al mismo tiempo, y aumentando en el proceso el perfil de los mexicano-estadounidenses, Chávez y sus lugartenientes establecieron su propia estrategia de exclusionismo, respaldando la expulsión de inmigrantes mexicanos indocumentados. Hasta mediados de la década de los noventa, la AFL-CIO no cambiaría de marcha, recibéndolos como compañeros trabajadores.

Al mismo tiempo, los activistas liberales de los sesenta, en especial grandes porciones del Partido Demócrata en California, veían al ascendente Chávez como un enviado del cielo. Podía atraer votos. Podía también crear una sensación de devoción a *la causa* no sólo para sí mismo y sus devotos jornaleros agrícolas, sino también para los idealistas que llegaban de todas partes para unirse a él, vivir prácticamente en la pobreza, perderse durante un tiempo en algo parecido a los grandes impulsos del CIO en la década de los treinta o del movimiento socialista en los tiempos de Eugene Debs. No importaba que el UFW, convertido en fuerza social apartada de la CSO, oscilase entre la solidaridad y la exclusión, ligado, como estaba, a ambos extremos de la historia laboral estadounidense, el radical y el conservador. Para la ciudadanía en general, la persona de Chávez representaba tanto la mayoría de edad del movimiento chicano que otros más izquierdistas –pacifistas y, a finales de la década de los sesenta, los militantes del «Poder Moreno» chicano– obtuvieron de hecho algo de los esfuerzos más cautelosos y conservadores de este sindicalista. Su triunfo y tragedia podrían de hecho medirse por la valentía para cruzar distintas líneas, afrontando distintas posibilidades en todas partes, siempre inseguro de sí mismo y de qué podría ser factible.

Chávez se mantuvo a flote; su ascenso fue posible por la dedicación de un gran cuadro de inmigrantes mexicanos y sus descendientes, pero también de diversos rincones de la izquierda, desde el radical genérico al comunista y el trotskista, que se dieron al movimiento y, sin plantear quejas abiertamente, en gran medida al propio Chávez. Uno de los grandes puntos fuertes de *Trampling Out the Vintage* es el cuidado con el que trata dichos círculos, como evidencia la extensión en la que los detalles del libro han sido obtenidos de veteranos en estas lides, que también han comprobado los datos. Esto le permite comprender –como casi ninguna otra obra sobre la historia reciente del trabajo lo consigue– la dialéctica entre los líderes, los mandos intermedios y la base. Figuras como la feroz organizadora de base y durante un tiempo dirigente de la CSO Dolores Huerta y el veterano de los derechos civiles Marshall Ganz, por no mencionar a diversos progresistas de la AFL-CIO, antiguos rojos y demás, reciben atención sostenida sin romantización; todo un logro.

Si hubiera que señalar aquí un punto débil, sería el reducido uso de una fuente habitual para el historiador del trabajo, el periódico (en este caso, *El Malcriado*, creado en 1964 y casi siempre a la izquierda de Chávez), y las

fuentes más recientemente preferidas: la música, el teatro y el ritual de un movimiento social, especialmente fuertes pero difíciles de analizar en este caso. La atención de Bardacke a este respecto se dirige hacia el teatro, por su influencia pero también por su naturaleza, que contrasta con el estilo cabaretero familiar en eventos de izquierda a partir del Frente Popular. El Teatro Campesino, con su evolutiva presentación a públicos semialfabetizados, parece haber estado tan cerca de la *commedia dell'arte* como de los espectáculos de *carpa*, o circenses, mexicanos, así como quizá de los espectáculos festivos de la Europa medieval; pero era también extremadamente complejo y abierto a rápidas adaptaciones. Como describe Bardacke en uno de los coloridos pasajes que tan atractivo hacen este libro:

de la *commedia*, [el organizador de la *troupe* de mimo Luis] Valdez tomó las máscaras, que no eran habituales en la *carpa*, e hizo una significativa adición propia: carteles colgados del cuello de los actores que identificaban los arquetipos que representaban. Así, no hacía falta perder tiempo teatral identificando al Patroncito, al Huelguista, al Coyote y al Esquirol, y los actores podían proceder de inmediato a una representación cómica de las relaciones de poder entre los diversos personajes, que era el corazón de las improvisaciones y los *actos* del Teatro.

Esta vitalidad dio al movimiento un optimismo embriagador que ocultaba su capacidad para superar los verdaderos obstáculos para obtener contratos. Las agroempresas eran, a un tiempo, poderosas y flexibles. Las divisiones entre trabajadores agrícolas mexicanos, mexico-estadounidenses y filipinos eran difíciles de superar. La cultura autocrática y la organización vertical del sindicato hacían difícil construir y consolidar el poder en los campos. Al carecer de secciones locales, los trabajadores agrarios no podían elegir a sus compañeros para cargos en la directiva del UFW, y los líderes se encontraron, por lo tanto, aislados de la vida y los problemas reales de sus bases. El sindicato tenía poca capacidad y poco interés por alimentar el tipo de poder de base que podría haber sostenido un reto duradero contra las empresas agrarias de California. Ante estas posibilidades, el nombre de Delano, una aldea en general poco destacable del valle de San Joaquín, se convirtió en palabra mágica para unir las generaciones de la vieja y la nueva izquierda, y las líneas religiosa y laica. La marcha de Delano a Sacramento en 1966, con un estandarte de la Virgen a la cabeza, sumando braceros a medida que se aproximaba a las ciudades, parecía una cruzada de débiles que empezaban a conocer su propia fuerza. Con los *Okies* y los *Arkies* —que habían huido en los años de la Depresión de las empobrecidas Oklahoma y Arkansas— prácticamente desaparecidos, los temas de *Las uvas de la ira* de John Steinbeck y el himno asociado de lucha de clases de Woody Guthrie parecían haber recobrado vida.

Chávez encontró una respuesta obvia a las debilidades de los trabajadores, quizá una respuesta excesiva, en las campañas de boicot. Sin ser completamente legal, ni ilegal de acuerdo con la ley Taft-Hartley de 1947 que limitaba el uso de la acción colectiva por parte de los trabajadores

contra los empresarios, el Boicot de la Uva en las décadas de los sesenta y setenta introdujo a todos los liberales del país —que incluían enfáticamente secciones del movimiento obrero y del clero cerradas a una causa semicomunista— en entusiastas esfuerzos comunitarios. Recuerdo de mediados de los sesenta, anterior al movimiento pacifista y a la contracultura, que avivaron las guerras culturales, esta evocación nos parece ahora tan distante que olvidamos la fuerza de su atractivo en aquel momento. Con el creciente apoyo se produjo la deificación del propio Chávez. Los trabajadores agrícolas se convirtieron rápidamente, al menos para muchos, más en un símbolo que en una realidad. Como el cantante de *blues* Leadbelly subido a una pila de algodón por organizadores de espectáculos que deseaban atraer a un público de Frente Popular a finales de la década de los treinta, antiguos braceros se presentaban con ropas gastadas, y eran asesorados en conducta, en giras por todo el este y el medio oeste del país en las que hablaban ante rugientes multitudes de partidarios. El movimiento o la causa de los trabajadores agrícolas rebasó así rápidamente a un sindicato en apuros.

Y aun así, como Bardacke explica con escrupuloso detalle, la complejidad de los acontecimientos sobre el terreno desafió a veces la tendencia general. Incluso mientras ayudaba a las autoridades a cazar «ilegales», a pesar de que Chávez hablaba misteriosamente de «conspiraciones» contra su liderazgo, el UFW aprovechó su fuerza política para conseguir que el gobernador Jerry Brown promoviese algunas de las leyes más favorables a los trabajadores en Estados Unidos. En 1977, enfrentados a sus propios problemas internos, incluida la desaparición de su presidente, Jimmy Hoffa, los Teamsters —el principal sindicato rival— prácticamente dejaron los campos. Esta victoria llegó, parece, demasiado tarde para producir un cambio decisivo en grandes áreas de producción, y tal vez envalentonó a un atribulado Chávez, llevándolo a tomar una serie de decisiones calamitosas.

La insistencia de Chávez en volver a los viñedos, donde el UFW estaba perdiendo terreno, y no a los campos de hortalizas, donde apenas habían empezado a consolidar sus avances, fue un desastre. También fue el tipo de decisión propia de un líder carismático que había dejado de escuchar los consejos de los de abajo, incluso de algunos de sus más fieles lugartenientes. Atacó a todos aquellos de quienes desconfiaba, realizando una extensa purga de los que tenían credenciales de izquierda, disolviendo prácticamente la operación de boicot y poniendo fin a ciertos cambios destructivos dentro de la dinámica interna del UFW. La purga, y la consolidación de un culto a la personalidad, pueden explicarse de muchas formas, pero quedaron ejemplificadas en el movimiento más extraño de todos, desde mediados de los setenta. Chávez, en apuros e inclinado a la paranoia, adoptó la dinámica de grupo y las prácticas de Synanon, un grupo de autoayuda para toxicómanos que funcionó en el área de Los Ángeles en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta y que curiosamente, se transformó en secta dominada por un líder, con iglesia incluida. Chávez prescribió cuidadosamente los métodos de este grupo sólo al cuadro de líderes de UFW, compuesto por varios cientos de personas, que debían ponerlo en práctica entre ellos. «El

juego» de destruir colectivamente una personalidad cada día, disminuyendo y después supuestamente reconstruyendo su ego. Nunca explicado a los braceros comunes y mucho menos utilizado entre ellos, el juego nunca consiguió crear el régimen de liderazgo incuestionable que en apariencia pretendía Chávez. Otros fieles, que ya habían soportado tanto, abandonaron también. En cierto sentido, el juego compulsivo complementó la atracción personal de Chávez por la familia Marcos de Filipinas: en 1977, intentando fortalecer su posición entre los trabajadores filipinos residentes en Estados Unidos, viajó a Manila como invitado de honor del dictador. Como en otros muchos aspectos del carácter de Chávez, considerarlo un error de juicio personal sería demasiado simple, y Bardacke no está inclinado a las interpretaciones psicoanalíticas.

A finales de la década de los setenta, cuando los movimientos sociales y el abundante idealismo de la década anterior empezaban a perderse en el pasado, las cosas siguieron desmoronándose. Periodistas de investigación descubrieron distintas bolsas de corrupción dentro del sindicato, mientras que la campaña entre los braceros de las hortalizas, antes abandonada, ahora parecía cada vez más sísifca, y el aparato de boicot ya no podía reconstruirse. Pronto Ronald Reagan sería presidente, y el republicano George Deukmejian, gobernador de California. Los empresarios recuperaron paulatinamente los campos antes perdidos frente a la sindicalización, incluso a pesar de que información nueva —o más difundida— sobre los efectos de los pesticidas sobre los trabajadores agrícolas ofrecía terribles pruebas de delito empresarial y peligros para los consumidores. Chávez, cumplidos ya los sesenta, declaró una última huelga de hambre desesperada, de treinta y seis días de duración. Entre los famosos que le rindieron homenaje se encontraban Martin Sheen, Eddie Albert, Edward James Olmos y Robert Blake. Fue, en su calidad hollywoodesca, el último reflejo del esfuerzo solidario de Frente Popular de las décadas de los treinta y los cuarenta con y entre mexicano-estadounidenses en California; y en ese sentido, un reflejo también de la izquierda que el joven Chávez y sus aliados habían rechazado con determinación. El tiempo, en todo caso, había agotado el esfuerzo de otra generación. Chávez murió en 1993, y los esfuerzos por revitalizar UFW han fracasado.

La profundidad del estudio de Bardacke, desarrollado en las páginas de *Trampling Out the Vintage*, es extraordinaria. Estas páginas contienen el fruto de cientos de investigaciones de campo, entrevistas, anécdotas contadas como a un amigo íntimo o a un camarada de confianza. También contienen valiosísimos relatos de muchos de los miembros y voluntarios del UFW que hicieron posible el movimiento, y cuyos esfuerzos se encontraron entre los más importantes de cualquier activismo de izquierdas de su época. Bardacke es el único que podía contarlos. El suyo es un logro notable.